

10

3

**literatura
latinoamericana I**

Roland Barthes

El discurso de la historia

Roland Barthes

El susurro del lenguaje

Más allá de la palabra
y de la escritura

 Ediciones Paidós
Barcelona - Buenos Aires - México

Título original: *Le bruissement de la langue*
Publicado en francés por Editions du Seuil, París

Traducción de C. Fernández Medrano

Cubierta de Mario Eskenazi

1.ª edición, 1987

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluidas las fotocopias, sin permiso del propietario de los derechos.

© 1984 Editions du Seuil, París
© de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.;
Mariano Cubí, 92; 08021 Barcelona;
y Editorial Paidós, SAICF;
Defensa, 599; Buenos Aires.

ISBN: 84-7509-451-1
Depósito legal: B-33.970/1987

Impreso en Limpergraf, S.A.;
c/ del Río, 17; Ripollet (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

APERTASS, ROLAND; EL CLOSURE DEL LENGUAJE

APIDÓS, 1988.

El discurso de la historia

La descripción formal de los conjuntos de palabras superiores a la frase (a los que, por comodidad, llamaremos *discurso*) no es cosa de ayer: desde Gorgias hasta el siglo XIX constituyeron el objeto propio de la antigua retórica. El reciente desarrollo de la ciencia lingüística viene a darle, sin embargo, una nueva actualidad y nuevos medios: quizá será posible a partir de ahora una lingüística del discurso; a causa de su incidencia sobre el análisis literario (cuya importancia en la enseñanza ya conocemos) incluso llega a constituir una de las primeras tareas de la semiología.

Esta segunda lingüística, a la vez que dedicarse a buscar los universales del discurso (si es que existen), bajo la forma de unidades y de reglas generales de combinación, tiene evidentemente que decidir si el análisis estructural permite conservar la antigua tipología de los discursos, si bien siempre será legítimo oponer el discurso poético al discurso novelasco, el relato ficticio al relato histórico. Sobre este último punto es sobre el que querría proponer ahora ciertas reflexiones: la narración de acontecimientos pasados, que en nuestra cultura, desde los Griegos, está sometida generalmente a la sanción de la «ciencia» histórica, situada bajo la imperiosa garantía de la «realidad», justificada por principios de exposición «racional», esa narración ¿difiere realmente, por algún rasgo específico, por alguna indudable pertinencia,

de la narración imaginaria, tal como la podemos encontrar en la epopeya, la novela, el drama? Y si ese rasgo —o esa pertinencia— existe, ¿en qué punto del sistema discursivo, en qué nivel de la enunciación hay que situarlo? Para intentar sugerir una respuesta a esta pregunta someteremos ahora a observación, aunque libre y en absoluto exhaustiva, el discurso de algunos grandes historiadores clásicos, como Herodoto, Maquiavelo, Bossuet y Michelet.

1. Enunciación

Y, antes que nada, ¿en qué condiciones el historiador clásico se siente obligado —o autorizado— a designar, dentro de su discurso, el acto por el cual lo está profiriendo? En otras palabras, al nivel del discurso —y ya no de la lengua—, ¿cuáles son los *shifters* (en el sentido acordado por Jakobson a esta palabra)¹¹ que garantizan el paso del enunciado a la enunciación (o al revés)?

Parece ser que el discurso clásico conlleva dos tipos regulares de embragues.* El primer tipo reúne a los que podríamos llamar los embragues de escucha. Esta categoría ha sido ya señalada por Jakobson, al nivel del lenguaje, y designada por el nombre de testimonial, y bajo la fórmula C¹C²/C²; además del acontecimiento relatado (C¹), el discurso menciona a la vez el acto del informador (C²) y la palabra del enunciante que a él se refiere (C²). Este *shifter* designa así cualquier mención de fuentes, de testimonios, toda referencia a una escucha del historiador, que recoge un *en-otra-parte* de su discurso y lo refiere. La escucha explícita es una opción, ya que es posible no referirse a ella; aproxima al historiador al etnólogo cuando menciona a su informador; así pues, este *shifter* se encuentra abundantemente en los historiadores etnólogos, como Herodoto. Sus formas son variadas: llegan desde los incisos del tipo *tal como lo he oído, según mi conocimiento*, hasta el presente histórico, tiempo que atestigua la intervención del enunciante, y hasta cualquier mención de la experiencia personal del historiador; éste es el caso de Miche-

11. R. Jakobson, *Essais de linguistique générale*, op. cit., cap. IX.

* *Embrayer* suele traducirse por «embrague». [T.]

let, que «escucha» la Historia de Francia a partir de una iluminación subjetiva (la revolución de julio de 1830) y da cuenta de ella en su discurso. El *shifter* de escucha no es evidentemente, le pertinente sólo en el discurso histórico: frecuentemente se lo encuentra en la conversación y en determinados artificios de exposición propios de la novela (anécdotas contadas referidas a partir de ciertos informadores ficticios que se mencionan).

El segundo tipo de *shifter* reúne a todos los signos declarados por los que el enunciante, en este caso el historiador, organiza su propio discurso, lo retoma, lo modifica a medio camino, en una palabra, siempre que utiliza hitos explícitos. Se trata de un *shifter* importante, y los «organizadores» del discurso pueden revestir expresiones variadas; todas ellas pueden reunirse, no obstante, como indicaciones de un movimiento del discurso en relación a su materia, o, más exactamente, a lo largo de esa materia, algo así como a la manera de los deicticos temporales o locativos *voici/voilà*.* así pues, en relación al flujo de la enunciación, tendremos: la inmovilidad (como hemos dicho antes), la subida (*altius repetere, replicare da più alto luogo*), la bajada (*ma ritor-nando all'ordine nostro, dico come...*), la detención (*sobre él, ya no hablaremos más*), el anuncio (*éstas son las otras acciones dignas de memoria que hizo durante su reinado*). El *shifter* de organización plantea un notable problema, que aquí nos hemos de limitar a enunciar: el que nace de la coexistencia, o, mejor dicho, del roce de dos tiempos: el tiempo de la enunciación y el tiempo de la materia enunciada. Este roce da lugar a importantes hechos del discurso; citaremos tres de ellos. El primero remite a todos los fenómenos de aceleración de la historia: un número igual de «páginas» (si es que es ésa la burda medida del tiempo de la enunciación) cubre lapsos de tiempo variados (tiempo de la materia enunciada): en las *Historias florentinas* de Maquiavelo, la misma medida (un capítulo) cubre una vez varios siglos y otra unos veinte años; cuanto más nos acercamos al tiempo del historiador, más fuerte es la presión de la enunciación, más lenta se vuelve la historia; ni siquiera hay isocronía, lo que ataca implícitamente la linealidad del discurso y deja aparecer un «paragramatismo» posible en la palabra histórica.¹² El segundo hecho

* No lo traduzco (he aquí/he ahí) porque la equivalencia en español tiene un uso más restringido y arcaizante. [T.]

12. A partir de J. Kristeva («Bakhtine, le mot, la dialogue et le roman».

recuerda también, a su manera, que el discurso, aunque lineal materialmente, confrontado con el tiempo histórico, tiene como misión, parece ser, la profundización en este tiempo: se trata de lo que podría llamarse la historia en zig-zag o en dientes de sierra; así por cada personaje de los que aparecen en sus *Historias*, Herodoto se remonta hasta los antepasados del recién llegado, vuelve después al punto de partida, continúa un poco más allá, y vuelve a empezar. Por último, un tercer hecho de discurso, considerable, atestigia el rol destructor de los *shifters* de organización en relación con el tiempo crónico de la historia: se trata de las inauguraciones del discurso histórico, puntos en los que se juntan el comienzo de la materia enunciada y el exordio de la enunciación.¹³ El discurso de la historia en general conoce dos formas de inauguración: en primer lugar, lo que se podría llamar la apertura performativa, pues la palabra en este caso es realmente un acto de fundación solemne; su modelo es poético, es el *yo canto* de los poetas; de ese modo, Joinville comienza su historia con una apelación religiosa («En el nombre de Dios todopoderoso, yo, Jehan, señor de Joinville, hago escribir la vida de nuestro santo rey Luis»), y el socialista Louis Blanc tampoco desdeña el *tróvato* purificador,¹⁴ hasta tal punto el inicio de la palabra sigue teniendo siempre algo de difícil, y como si dijéramos, de sagrado; a continuación, una unidad mucho más corriente, el Prefacio, acto de enunciación caracterizado, bien sea prospectivo, cuando anuncia el discurso venidero, bien sea retrospectivo, cuando lo juzga (es el caso del gran Prefacio con que Michelet culmina su *Historia de Francia* una vez completamente escrita y publicada). El recuerdo de estas pocas unidades tiene la intención de sugerir que la entrada de la enunciación en el

Critique, núm. 239, abril 1967, págs. 438-469), se designarán con el nombre de paragramas (derivado de los Anagramas de Saussure) las escrituras dobles, que contienen un diálogo del texto con otros textos y poseen una nueva lógica.

13. El exordio (de todo discurso) plantea uno de los problemas más interesantes de la retórica en la medida en que es la codificación de las rupturas del silencio y una lucha contra la afasia.

14. «Antes de tomar la pluma me he interrogado con severidad, y, como no he encontrado en mí ni afectos interesados ni odios implacables, he pensado que podía juzgar a los hombres y a las cosas sin fallar a la justicia y sin traicionar a la verdad» (L. Blanc, *Histoire de dix ans*, París, Pagnerre, 1842, 6 vol.).

enunciado histórico, por medio de los *shifters* organizadores, tiene como objetivo, no tanto dar al historiador una posibilidad de expresar su «subjetividad» como vulgarmente se dice, como «complicar» el tiempo crónico de la historia enfrentándolo con otro tiempo que es el del propio discurso, el que podríamos llamar, para abreviar, el tiempo-papel; en suma, la presencia, en la narración histórica, de signos explícitos de enunciación tendría como objeto la «descronologización» del «hilo» histórico y la restitución, aunque no fuera más que a título de reminiscencia o de nostalgia, de un tiempo complejo, paramétrico, nada lineal, cuyo espacio profundo recordaría el tiempo mítico de las antiguas cosmogonías, atado él también por esencia a la palabra del poeta o el adivino: los *shifters* de organización, en efecto, atestigian —aunque sólo sea a base de ciertos giros de apariencia racional— la función predictiva del historiador: en la medida en que él sabe lo que no se ha contado todavía, el historiador, al igual que el agente del mito, tiene la necesidad de acompañar el desgranarse crónico de los acontecimientos con referencias al tiempo propio de su palabra.

Los signos (o *shifters*) de los que acabamos de hablar se refieren únicamente al propio proceso de la enunciación. Existen otros que ya no mencionan el acto de la enunciación, sino, según la terminología de Jakobson, a sus protagonistas (T^o), destinatario o enunciante. Un hecho notable y discretamente enigmático es que el discurso literario conlleva muy raramente los signos del «lector»; incluso podría decirse que lo que lo especifica es el hecho de ser —aparentemente— un discurso sin tú, a pesar de que en realidad toda la estructura de ese discurso implica un «sujeto» de la lectura. En el discurso histórico, los signos de destinación están generalmente ausentes: (an sólo los encontraremos allá donde la historia se muestra como una lección), éste es el caso de la *Historia universal* de Bossuet, un discurso dirigido nominalmente por el preceptor a su alumno el príncipe; incluso este esquema sólo es posible, en cierto modo, en la medida en que el discurso de Bossuet se supone que representa homológicamente el discurso que el propio Dios dirige a los hombres, precisamente bajo la forma de la Historia de la que les hace donación: sólo porque la Historia de los hombres es la Escritura de Dios puede Bossuet, mediador de esa escritura, establecer una relación de destinación entre él y el príncipe.

Los signos del enunciante (o destinatador) son, evidentemente, mucho más frecuentes; entre ellos tenemos que alinear todos los fragmentos de discurso en que el historiador, sujeto vacío de la enunciación, se va, poco a poco, rellenando de predicados diversos que están destinados a constituirlo como persona, provista de una plenitud psicológica, o, es más, de un continente (la palabra es una exquisita imagen). Señalaremos aquí una forma particular de este «relleno» que le corresponde más directamente a la crítica literaria. Se trata del caso en que el enunciante pretende «ausentarse» de su discurso, el cual, en consecuencia, carece sistemáticamente de todo signo que remita al emisor del mensaje histórico: la historia parece estarse contando sola. Este accidente ha hecho una considerable carrera, ya que, de hecho, corresponde al discurso histórico llamado «objetivo» (en el que el historiador no interviene nunca). De hecho, en este caso, el enunciante anula su persona pasional, pero la sustituye por otra persona, la persona «objetiva»; el sujeto subsiste en toda su plenitud, pero como sujeto objetivo; esto es lo que Fustel de Coulanges llamaba significativamente (y con bastante ingenuidad también) la «astidud de la Historia». Al nivel del discurso, la objetividad —o carencia de signos del enunciante— aparece como una forma particular del imaginario, como el producto de lo que podríamos llamar la ilusión referencial, ya que con ella el historiador pretende dejar que el referente hable por sí solo. Esto no es una ilusión propia del discurso histórico: ¡cuántos novelistas —de la época realista— imaginan ser «objetivos» sólo por que suprimen los signos del yo en el discurso! La lingüística y el psicoanálisis conjugados nos han hecho hoy día mucho más lúcidos respecto a una enunciación privativa: sabemos que también las carencias de signos son significantes.

Acabaremos rápidamente con la enunciación mencionando el caso particular —que Jakobson, al nivel de la lengua, coloca dentro de la cuadrícula de los *shifters*— en que el enunciante del discurso es, a la vez, participe del proceso enunciado, en que el protagonista del enunciado es el mismo protagonista de la enunciación (I°/T°), en que el historiador, que fue actor en la época del suceso, se convierte en su narrador: es el caso de Jenofonte, que participa en la retirada de los Diez Mil y a continuación se convierte en su historiador. El ejemplo más ilustre de esta conjunción del yo enunciado y el yo enunciante es sin duda el uso

del *él* que hace César. Este célebre *él* pertenece al enunciado; cuando César pasa a ser explícitamente enunciante, utiliza el *nosotros* (*ut supra demonstravimus*). Este *él* de César a primera vista aparece sumergido entre los otros participantes del discurso enunciado, y a ese título se ha visto en él el signo supremo de la objetividad; no obstante parece ser que se lo puede diferenciar formalmente; ¿cómo?, pues observando que sus predicados han sido constantemente seleccionados: el *él* de César no tolera más que determinados sintagmas, que podríamos llamar sintagmas de la jefatura (*dar órdenes, conceder audiencia, visitar, obligar a hacer, felicitar, explicar, pensar*), todos ellos, de hecho, muy cercanos a determinados performativos en los que las palabras se confunden con el acto. Hay otros ejemplos de este *él*, actor pasado y narrador presente (especialmente en Clausewitz): todos ellos demuestran que la elección del pronombre apersonal no es más que un truco retórico y que la auténtica situación del enunciante se manifiesta en la elección de los sintagmas de los que rodea sus actos pasados.

2. Enunciado

El enunciado histórico debe poderse prestar a una división destinada a producir unidades de contenido, que a continuación podrían clasificarse. Estas unidades de contenido representan aquello de lo que habla la historia; en cuanto significados no son ni el referente puro ni el discurso completo: el conjunto que forman está constituido por el referente dividido, nombrado, inteligible ya, pero aún no sometido a una sintaxis. No nos pondremos ahora a profundizar en estas clases de unidades, sería un trabajo prematuro; nos limitaremos a hacer algunas observaciones previas.

Al igual que el enunciado frástico, el enunciado histórico comprende «existentes» y «ocurrentes», seres, entidades y sus predicados. Ahora bien, un primer examen permite suponer que unos y otros (por separado) pueden constituir listas relativamente cerradas, manejables, en consecuencia, en una palabra, colecciones cuyas unidades acaban por repetirse gracias a combinaciones evidentemente variables; así pues, en Herodoto, los existentes se reducen a dinastías, príncipes, generales, soldados, pueblos y

lugares, y los ocurrentes a acciones como devastar, someter, aliarse, salir en expedición, reinar, utilizar una estratagema, consultar al oráculo, etc. Estas colecciones, que son (relativamente) cerradas, deben prestarse a determinadas reglas de sustitución y de transformación y debe ser posible estructurarlas, tarea más o menos fácil, evidentemente, según de qué historiador se trate; las unidades de Herodoto, por ejemplo, dependen en general de un único léxico, el de la guerra; habría que averiguar si en cuanto a los historiadores modernos son de esperar asociaciones más complejas de léxicos diferentes y si, incluso en ese caso, el discurso histórico no está siempre, en el fondo, basado en colecciones sólidas (es mejor hablar de colecciones, y no de léxicos, ya que nos estamos manteniendo exclusivamente en el plano del contenido). Maquiavelo parece como si hubiera tenido la intuición de esa estructura: al principio de sus *Historias florentinas* presenta su «colección», es decir, la lista de los objetos jurídicos, políticos, étnicos, que a continuación pondrá en movimiento a lo largo de su narración.

En los casos de colecciones más fluidas (los historiadores menos arcaicos que Herodoto), las unidades del contenido pueden, sin embargo, recibir una fuerte estructuración, no del léxico, sino de la temática personal del autor; esos objetos temáticos (recurrentes) son numerosos en un historiador romántico como Michelet; pero también es fácil encontrarlos en autores considerados como intelectuales: en Tácito, la fama es una unidad personal, y Maquiavelo asienta su historia sobre una oposición temática, la del *mantenere* (verbo que remite a la energía fundamental del gobernante) y del *ruinare* (que, por el contrario, implica una lógica de la decadencia de las cosas).¹⁵ Es natural que, a través de esas unidades temáticas, a menudo prisioneras de una palabra, se encuentren unidades del discurso (y no tan sólo del contenido); así se llega al problema de la denominación de los objetos históricos: la palabra puede economizar una situación o una serie de acciones; favorece la estructuración en la medida en que, proyectada en el contenido, constituye por sí misma una pequeña estructura; así, Maquiavelo se sirve de la palabra *conjuración* para economizar la explicitación de un dato complejo, designan-

15. Véase E. Raymond, *Opera di Niccolò Machiavelli*, Milán, Ugo Mursia, editor, 1966.

do así la única posibilidad de lucha que subsiste cuando un gobierno sale victorioso de todas las enemistades declaradas a plena luz. La denominación, al permitir una fuerte articulación del discurso, refuerza su estructura; las historias fuertemente estructuradas son historias sustantivas: Bossuet, que piensa que la historia de los hombres ha sido estructurada por Dios, usa con abundancia sucesiones de abreviaciones en forma sustantiva.¹⁶

Estas observaciones valen tanto para los ocurrentes como para los existentes. Los procesos históricos en sí (sea cual fuere su desarrollo terminológico) plantean un problema interesante, entre otros: el de su estatuto. El estatuto de un proceso puede ser asertivo, negativo, interrogativo. Ahora bien, el estatuto del discurso histórico es asertivo, constativo, de una manera uniforme; el hecho histórico está lingüísticamente ligado a un privilegio del ser: se cuenta lo que ha sido, no lo que no ha sido o lo que ha sido dudoso. En resumen, el discurso histórico no conoce la negación (o lo hace muy raramente, de una manera excéntrica). De manera curiosa —pero significativa— podría ponerse este hecho en relación con la disposición que se encuentra en un enunciante muy distinto del historiador, que es el psicótico, incapaz de hacerle sufrir una transformación negativa a un enunciado;¹⁷ podría decirse que, en cierto sentido, el discurso «objetivo» (el caso del historiador positivista) se acerca a la situación del discurso esquizofrénico; tanto en un caso como en otro, hay una censura radical de la enunciación (el sentimiento de ésta es lo único que permite la transformación negativa), reflujo masivo del discurso hacia el enunciado e, incluso (en el caso del historiador), hacia el referente: no queda nada que asuma el enunciado.

Abordando otro aspecto, esencial, del enunciado histórico, hay que decir algo sobre las clases de unidades del contenido y su sucesión. Estas clases son, como indica un primer sondeo, las mismas que se han creído descubrir en el discurso de ficción.¹⁸ La

16. Ejemplo: «Antes que nada, lo que se ve es la inocencia y la sabiduría del joven José...; sus sueños misteriosos...; sus hermanos celosos...; la venta de este gran hombre...; la fidelidad que guarda a su señor...; su castidad admirable; las persecuciones que ésta atrae sobre él; su prisión y su constancia...» (Bossuet, *Discours sur l'histoire universelle*, en sus *Oeuvres*, París, Gallimard, «Bibl. de la Pléiade», 1961, pág. 674).

17. L. Irigaray, «Négation et transformation négative dans le langage des schizophrènes», *Langages*, n. 5, marzo de 1967, págs. 84-98.

18. Véase «Introduction à l'analyse structurale du récit», *Communication*.

primera clase incluye todos los segmentos del discurso que remiten a un significado implícito, de acuerdo con un proceso metafórico; así cuando Michelet describe el abigarramiento de los vestidos, la alteración de los blasones y la mezcla de estilos en arquitectura, al comienzo del siglo XV, como otros tantos significantes de un significado único, que es la división moral del fin de la Edad Media; ésta es, pues, la clase de los índices, o, más exactamente, de los signos (una clase muy abundante en la novela clásica). La segunda clase de unidades está constituida por los fragmentos de discurso de naturaleza razonadora, silogística, o, más exactamente, enigmática, ya que casi siempre se trata de silogismos imperfectos, aproximativos.¹⁹ Los entimemas no son exclusivos del discurso histórico; son frecuentes en la novela, en la que las bifurcaciones de la anécdota se justifican generalmente, ante el lector, con seudorrazonamientos de tipo silogístico. El entimema introduce en el discurso histórico una inteligibilidad no simbólica, y por ello es interesante: ¿subsiste en las historias recientes, en las que el discurso trata de romper con el modelo clásico, aristotélico? Por último, hay una tercera clase de unidades —que no es la más pequeña— que recibe lo que llamamos a partir de Propp las «funciones» del relato, o puntos cardinales a partir de los que la anécdota puede tomar un curso diferente; estas funciones están agrupadas sintagmáticamente en series cerradas, saturadas lógicamente, o secuencias; así, en Herodoto, por varias veces encontramos una secuencia *Ordculo*, compuesta de tres términos, los tres alternativos (consultar o no, responder o no, seguirlo o no) y que pueden estar separados unos de otros por unidades extrañas a la secuencia; estas unidades son, o bien los términos de otra secuencia, y entonces el esquema es de imbricación, o bien de pequeñas expansiones (informaciones, indicios), y el esquema entonces es el de una catálisis que rellena los intersticios entre los núcleos.

Generalizando —quizá de manera abusiva— estas pequeñas

lons, núm. 8, noviembre 1966. [Recogido en la col. «Points», Ed. du Seuil, 1981.]

19. Veamos el esquema silogístico de un pasaje de Michelet (*Histoire du Moyen Age*, t. III, libro VI, cap. II): 1. Para desviar al pueblo de la revolución hay que tenerlo ocupado. 2. Ahora bien, el mejor medio es entregarles un hombre. 3. Así pues, los príncipes escogieron al anciano Aubriot, etc.

observaciones sobre la estructura del enunciado, podemos sugerir que el discurso histórico oscila entre dos polos, según la densidad respectiva de sus índices y sus funciones. Cuando en un historiador predominan las unidades indiciales (remitiendo en cada momento a un significado implícito) la historia aparece conducida hacia una forma metafórica y se acerca al *Urrismo* y a lo simbólico: éste es el caso de Michelet, por ejemplo. Cuando, por el contrario, las que lo conducen son las unidades funcionales, la historia toma una forma metonímica, se emparenta con la epopeya: como ejemplo puro de esta tendencia podríamos citar la historia narrativa de Augustin Thierry. A decir verdad, hay una tercera historia: la que, por la estructura de su discurso, intenta reproducir la estructura de las opciones vividas por los protagonistas del proceso relatado; en ella dominan los razonamientos; es una historia reflexiva, que también podríamos llamar historia estratégica, y Maquiavelo sería el mejor ejemplo de este tipo.

3. Significación

Para que la historia no tenga significado es necesario que el discurso se limite a una pura serie de anotaciones sin estructura: es el caso de las cronologías y de los anales (en el sentido puro del término). En el discurso histórico constituido (podríamos decir «revestido») los hechos relatados funcionan irresistiblemente como índices o como núcleos cuya misma secuencia tiene un valor indicial; e incluso, si los hechos fueran presentados de una manera anárquica, al menos significarían la anarquía y remitirían a una determinada idea negativa de la historia humana.

Los significados del discurso histórico pueden ocupar al menos dos niveles diferentes. Primero hay un nivel inmanente a la manera enunciada; este nivel retiene todo el sentido que el historiador concede voluntariamente a los hechos que relaciona (el abigarramiento de los vestidos del siglo XV para Michelet, la importancia de ciertos conflictos para Tucídides, etc.); de este tipo pueden ser las «lecciones», morales o políticas, que el narrador extrae de determinados episodios (en Maquiavelo, o Bossuet). Si la «lección» es continua, se alcanza un segundo nivel, el del significado trascendente a todo el discurso histórico; transmitido

por la temática del historiador, que, de este modo, tenemos derecho a identificar como la forma del significado; así, la misma imperfección de la estructura narrativa en Herodoto (que nace de determinadas series de hechos sin cierre final) remite en el fondo a una determinada filosofía de la Historia, que es la disponibilidad de los hombres sometidos a la ley de los dioses; así también, en Michelet, la solidísima estructuración de los significados particulares, articulados en oposiciones (antítesis al nivel del significante) tiene como último sentido una filosofía maniqueísta de la vida y la muerte. En el discurso histórico de nuestra civilización, el proceso de significación intenta siempre «llenar» de sentido la Historia: el historiador recopila menos hechos que significantes y los relaciona, es decir, los organiza con el fin de establecer un sentido positivo y llenar así el vacío de la pura *scribitio*.

Como se puede ver, por su propia estructura y sin tener necesidad de invocar la sustancia del contenido, el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica, o, para ser más precisos, imaginario, si entendemos por imaginario el lenguaje gracias al cual el enunciante de un discurso (entidad puramente lingüística) «rellena» el sujeto de la enunciación (entidad psicológica o ideológica). Desde esta perspectiva resulta comprensible que la noción de «hecho» histórico haya suscitado a menudo una cierta desconfianza. Ya decía Nietzsche: «No hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho». A partir del momento en que interviene el lenguaje (¿y cuándo no interviene?) el hecho sólo puede definirse de manera tautológica: lo anotado procede de lo observable, pero lo observable —desde Herodoto, para el que la palabra ya ha perdido su acepción mítica— no es más que lo que es digno de memoria, es decir, digno de ser anotado. Se llega así a esa paradoja que regula toda la pertinencia del discurso histórico (en comparación con otros tipos de discurso): el hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística (como término de un discurso), y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que la «copia» pura y simple de otra existencia, situada en un campo extralingüístico, la «realidad». Este discurso es, sin duda, el único en que el referente se ve como exterior al discurso, sin que jamás, sin embargo, sea posible acercarse a él fuera de ese discurso. De manera que habría que interro-

garse con más precisión sobre el lugar de la «realidad» en la estructura discursiva.

El discurso histórico supone, por así decirlo, una doble operación, muy retorcida. En un primer momento (esta descomposición evidentemente es sólo metafórica), el referente está separado del discurso, se convierte en algo exterior a él, en algo fundador, se supone que es el que lo regula: es el tiempo de las *res gestae*, y el discurso se ofrece simplemente como *historia rerum gestarum*: pero, en un segundo momento, es el mismo significado el rechazado, el confundido con el referente; el referente entra en relación directa con el significante, y el discurso, encargado simplemente de expresar la realidad, cree estar economizando el término fundamental de las estructuras imaginarias, que es el significado. Como todo discurso con pretensión «realista», el de la historia no cree conocer, por tanto, sino un esquema semántico de dos términos, el referente y el significante; la confusión (ilusión) del referente y el significado define, como sabemos, a los discursos *sui-referenciales*, como el discurso performativo; podría decirse que el discurso histórico es un discurso performativo falso, en el cual el constativo (el descriptivo) aparente no es, de hecho, más que el significante del acto de palabra como acto de autoridad.²⁰

En otros términos, en la historia «objetiva», la «realidad» no es nunca otra cosa que un significado informulado, protegido tras la omnipotencia aparente del referente. Esta situación define lo que podría llamarse el efecto de realidad. La eliminación del significado, fuera del discurso «objetivo», permitiendo que, aparentemente, se enfrente la «realidad» con su expresión, nunca deja de producir un nuevo sentido, tan cierto es, una vez más, que, en un sistema, toda carencia de elementos es en sí misma significante. Este nuevo sentido —extensivo a todo discurso histórico y que define, finalmente, su pertinencia— es la propia realidad, transformada subrepticamente en significado vergonzante: el discurso histórico no concuerda con la realidad, lo único que

20. Thiers expresó con una gran pureza e ingenuidad esta ilusión referencial, o esta confusión entre referente y significado, y fijó el ideal del historiador de la siguiente manera: «Ser sencillamente veraz, ser lo que las cosas son en sí mismas, no ser otra cosa que ellas, no ser nada sino gracias a ellas, como ellas, ni más ni menos que ellas» (citado por C. Jullian, *Historiens français du XIX siècle*, Paris, Hachette, s.l., pág. LXIII).

hace es significarla, no dejando de repetir *esto sucedió*, sin que esta aserción llegue a ser jamás nada más que la cara del significado de toda la narración histórica.

El prestigio del *sucedio* tiene una importancia y una amplitud verdaderamente históricas. En toda nuestra civilización se da un gusto por el efecto de realidad, atestiguado por el desarrollo de géneros específicos como la novela realista, el diario íntimo, la literatura documental, el suceso, el museo histórico, la exposición de antigüedades, y, sobre todo, el desarrollo masivo de la fotografía, cuyo único rasgo pertinente (en relación con el dibujo) es precisamente el significar que el acontecimiento presentado ha tenido lugar *realmente*.²¹ Una vez secularizada, la reliquia ya no detenta más sacralidad que la propia sacralidad ligada al enigma de lo que ha sido, ya no es y se ofrece a la lectura, no obstante, como el signo presente de una cosa muerta. En sentido inverso, la profanación de las reliquias es, de hecho, la destrucción de la misma realidad a partir de la intuición de que la realidad nunca es más que un sentido, revocable cuando la historia lo exige y reclama una auténtica subversión de los mismos fundamentos de la civilización.²²

Al negarse a asumir la realidad como significado (o incluso a separar el referente de su propia aserción) es comprensible que la historia, en el momento privilegiado en que intentó constituirse como género, es decir, en el siglo XIX, haya llegado a ver en la relación «pura y simple» de los hechos la mejor prueba de tales hechos, y a instituir la narración como significante privilegiado de la realidad. Augustin Thierry se convirtió en el teórico de esa historia narrativa, que extrae su «verdad» del mismo cuidado de la narración, de la arquitectura de sus articulaciones y la abundancia de sus expansiones (que en este caso se llaman «detalles concretos».)²³ Queda así cerrado el círculo paradójico:

21. Véase «La rhétorique de l'histoire», *Communications*, n. 4, noviembre de 1964. [Recogido en *Lo Ovívo y lo Ovívo*, 1982. Véase también *La Chambre claire*, 1980 (Nota del editor francés).]

22. Este es indudablemente el sentido que hay que dar, más allá de cualquier subversión religiosa, al gesto de los Guardias Rojos al profanar el templo del lugar en que nació Confucio (enero de 1967); recordemos que la expresión «revolución cultural» es una mala traducción de la expresión «destrucción de los fundamentos de la civilización».

23. «Se ha dicho que el objetivo del historiador es contar, no probar; yo no sé, pero estoy seguro de que, en historia, el mejor tipo de prueba,

la estructura narrativa, elaborada en el crisol de las ficciones (por medio de los mitos y las primeras epopeyas), se convierte en signo y, a la vez, prueba de la realidad. También es comprensible que la debilitación (cuando no la desaparición) de la narración, en la ciencia histórica actual, que pretende hablar más de estructuras que de cronologías, implique algo más que un simple cambio de escuela: una auténtica transformación ideológica; la narración histórica muere porque, el signo de la Historia, de ahora en adelante, es mucho menos lo real que lo inteligible.

1967, *Information sur les sciences sociales*.

el más capaz de impresionar y de convencer a todos los espíritus, el que permite menos desconfianza y deja menos dudas es la narración completa...» (A. Thierry, *Récit des temps mérovingiens*, vol. II, París, Furne, 1851, pág. 227).